

condiciones, no escasearán brazos más aptos».

Claro se está que parapetados en nuestro anhelo de siempre por la desaparición absoluta de la violencia organizada que á sí propia se impone el *grave deber* de procurar nuestra ventura, holgarían los argumentos que dejamos expuestos. Nuestra negativa á servir en las labores de un Estado en cuya destrucción nos empeñamos, quedaría perfectamente respaldada por esa profesión de fe acratista que de tiempo atrás tenemos hecha.

¿Pero cómo hablar á los Estadistas en un lenguaje incomprensible para su sentimiento?

Por eso hemos fundamentado la repulsa en otro orden de razones no me-

nos fuerte con ser más accesible al medio en que luchamos.

Estamos en la ruta por nuestra voluntad. Y al sonar el ángelus de la conveniencia desde los campanarios de la oportunidad, seguimos impasibles sin sentir en el ánimo los estímulos de la reverencia.

Por eso no nos inclinamos; y en ello, lejos de mirar los méritos de un sacrificio, sólo encontramos una fácil satisfacción de nuestro deber.

Quédese el galardón del heroísmo para los combatientes que lo apetezcan. Nosotros sólo aspiramos—para la mayor eficacia de nuestro apostolado—á que se tenga por cierto el hecho de nuestra sinceridad.

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

## Pensamientos

Lo cierto es que el cuidado y los sacrificios de nuestros padres se dirigen exclusivamente á atestarnos la cabeza de ciencia; del juicio y de la virtud, nada sabemos.

Se trabaja sólo para llenar la memoria, y dejamos vacíos el entendimiento y la conciencia.

Sabemos decir: «así dijo Cicerón»; «tales eran las costumbres de Platón»; «he aquí las palabras textuales de Aristóteles»; pero ¿qué decimos nosotros mismos? ¿qué juzgamos por cuenta propia? ¿qué hacemos? Sin eso, lo mismo diría un papagayo.

Aceptamos las opiniones y el saber ajenos... mas ¿de qué nos sirve hartarnos de viandas si no las digerimos, si no las transformamos en nuestro propio ser?

Podemos ser sabios con el saber de otro, pero se es prudente con la prudencia propia.

Ved mi escolar que vuelve del colegio; nada tan duro como ponerle en condiciones de aprovechar sus estudios, porque el único aumento que se nota en él es que vuelve más tonto y presuntuoso que cuando salió de casa.

Preguntado Agesilao sobre lo que opinaba que debía enseñarse á los niños, respondió: «lo que hayan de hacer cuando sean hombres».

Quisiera yo que se tuviera más cuidado en escoger para el niño un conductor que tuviera la cabeza bien hecha mejor que muy llena.

MONTAIGNE



**RECOMENDAMOS** á nuestros lectores lean la siguiente página de avisos. Todas las obras científicas y literarias que nos pidan, las serviremos en seguida. Pago anticipado.

IMP. ALSINA, San José, Costa Rica